

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución - No Comercial – Sin Derivar 4.0 Internacional



Alexandra Kennedy: diálogos interdisciplinarios para un quehacer vital

Juan Carlos Astudillo Sarmiento

DOI: <https://doi.org/10.24215/16696581e149>

Alexandra Kennedy: diálogos interdisciplinarios para un quehacer vital

Alexandra Kennedy: interdisciplinary dialogues for a vital task

Juan Carlos Astudillo Sarmiento juan.astudillo@unae.edu.ec

<http://orcid.org/0000-0002-2817-7401>

Universidad Nacional de Educación (Ecuador)

Resumen

Entrevista realizada a Alexandra Kennedy, historiadora y docente universitaria radicada en Cuenca, Ecuador. La finalidad de este trabajo es la de problematizar la relación investigación/docencia, y la re-escritura de la Historia desde los discursos y locus de enunciación del docente. De la misma manera, visibilizar la interdisciplinariedad en la docencia y la experticia de una voz que representa al Ecuador en la academia, a nivel mundial.

Palabras clave: Historia; docencia; interdisciplinariedad; investigación.



Abstract

Interview with Alexandra Kennedy, historian and university teacher based in Cuenca, Ecuador. The purpose of this work is to problematize the research/teaching relationship, and the re-writing of History from the speeches and locus of enunciation of the teacher. In the same way, make visible the interdisciplinarity in the teaching and the expertise of a voice that represents Ecuador in the academy, worldwide.

Keywords: History; teaching; interdisciplinarity; research.

Alexandra Kennedy, Doctora en Historia y Magister en Historia del Arte Latinoamericano, está vinculada con la investigación y la docencia en varias universidades americanas y europeas. Dueña de una reconocida trayectoria de casi cuatro décadas de trabajo sostenido y disciplinado, ha grabado algunas de las páginas más importantes del estudio de la cultura, la historia y el arte ecuatoriano y latinoamericanos, con líneas de trabajo enmarcadas, sobre todo, en la investigación del arte y la arquitectura colonial y republicanas, entre los que debemos recordar: *Convento de San Diego de Quito. Historia y Restauración* (Quito, Premio Isabel Ortiz Tobar, Municipalidad de Quito); *Arte de la Real Audiencia de Quito, siglos XVII al XIX. Patronos, Corporaciones y Comunidades* (Madrid, 2002) y *Escenarios para una patria. Paisajismo ecuatoriano 1850-1930* (Quito, 2008). Entre sus principales experiencias en curatoría, encontramos exhibiciones en el American Society, Nueva York; el Museo Municipal de la Haya, la Biblioteca nacional de Madrid y el Museo de Arte Moderno, en Cuenca. Su labor docente, curatorial y su tarea investigadora han hecho de Alexandra un referente en su disciplina y una voz que debe escucharse. Semanas atrás tuve la fortuna de platicar con la historiadora en su oficina, en la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Cuenca, sobre todo para procurar entender algo tan frágil y poderoso como los conceptos mismos de historia, educación, arte y cultura.



Figura 1: Alexandra Kennedy.

Tengo la sensación de que al hablar de Historia, la entendemos desde la superficialidad. Es decir, si se habla de la Conquista, por ejemplo, se tiene la idea de que un día llegaron los españoles y al siguiente, ya éramos Colonia. Esa es una impresión que tengo tanto en la Academia como en la plática común. ¿Te ha pasado?

Yo creo que uno de los problemas más serios de cómo se ha contado la Historia en nuestras escuelas, son los monumentos, autores y fechas. Todo ese proceso, tan rico, que ya nos han enseñado referentes como Foucault o Bordeaux (el pliegue y despliegue de los tiempos, el que no existe una historia lineal sino una de curvas, contra curvas, regresos, apetencias, desapetencias, tendencias, sexualidades, géneros, economía, privacidad, público), toda esa cantidad de aristas que tienen la Historia, la Geografía y la Antropología, han sido reducidas en nuestros currículos: cosas de monumentos, personajes, el siglos, ciudades... entonces, esto ha hecho de los hechos históricos, geográficos, antropológicos, un desastre, una planiformidad que no aporta en nada. La gente se aburre. Yo desarmo esto que tú estás diciendo -con tanta razón-, porque he llegado a entender (después de unos más de cuatro mil alumnos y cuarenta y pico de años) cuántas carencias venimos trayendo al espacio universitario. Entonces, cuando vienen los alumnos a las clases de Historia o de Geografía lo primero que traen son bostezos:



“es una materia relleno”, “esto no sirve”. Bolívar es el gran homenajado de acá y el otro, el gran maldito. Sí, incluso estas ideas de “blanco o negro”; por ejemplo: el *General en su Laberinto*; ¡nunca se introduce en la Historia! O sea, el General tuvo su laberinto, tuvo sus momentos que deben ser vistos, también, desde ese lado. Yo creo que una de las historias interesantes de un horroroso dictador, que fue Trujillo, está en la novela de Vargas Llosa. De alguna manera los novelistas sí hacen esto -en la novela histórica-, te introducen en todos estos pliegues. Por eso es que yo creo -absolutamente- en la hermandad de las historias y las literaturas; creo que se dan la mano. He utilizado muchísimo la literatura para mis propios referentes históricos, como documentación. Yo utilizo textos literarios y eso hace que realmente, primero, te diviertas, porque ya no estás leyendo una especie de caricatura del héroe, que no tiene ningún interés.

Ayer, por ejemplo, me preguntaban mis alumnos: “¿y cómo vivían los que no tenían dinero?”. Estábamos hablando de principios del siglo XIX y me senté y dije: “bueno, ¿qué es lo que hace que tú me preguntes eso?” Me respondió: “porque cada vez que usted nos manda a leer algo, nos cuentan sobre cómo vivían los reyes, sobre cómo era el palacio, la burguesía... ¿y qué pasa con aquella gente desposeída?” Curioso, ¿no? Los historiadores nos hemos dedicado a estudiar siempre a las elites o las clases medias o las clases populares-obreros, pero nunca nos hemos dedicado, o nos hemos dedicado muy poco a estudiar las clases desposeídas (obviamente hay historiadores, como Thompson, que lo han hecho). Cuando abrimos un libro de “historia de la arquitectura” lo único que nos muestra son grandes palacios; y lo que pasa es que necesitamos todo. Hay muy poca documentación sobre la gente iletrada, externa a la sociedad poderosa, lo cual hace que quedemos con un pie cojo cuando queremos hablar sobre ese tipo de clases sociales. Entonces les di esta respuesta: “bajo los puentes”. ¿No será necesario, dentro de la historia de la arquitectura, historiar los puentes como lugares de habitación? ¿No será de empezar a dar vuelta a los objetos que estamos historiando para empezar a contar, a contarnos otras historias, que no son precisamente las historias de gloria? Eso es un poco lo que discutimos en clase y quizás sea por eso que tengo verdadera fascinación por la docencia. Lo que hago fuera de mis aulas es, normalmente, complacer, estar calladita... no veo mucho interés en aquello. Me interesa dialogar, ir a una cafetería a discutir, a debatir, a contarnos cuentos, a leer un nuevo novelista. Sin embargo en Ecuador es poco el debate en sentido normal y natural. En cambio en sociedades más grandes, un poco más progres, un poco más complejas, como la sociedad colombiana, o la argentina, existe mucho pensamiento crítico. No te digo en la totalidad; hay nichos de pensamiento, sí, pero no tenemos una cultura de pensamiento crítico.



¿Los lenguajes estéticos han aportado a la construcción del discurso histórico? Estoy pensando en las nociones de texto y discurso, como los aborda Lotman y en la nueva novela histórica: en *Maluco*, *Los Perros del Paraíso*, *El largo atardecer del caminante*, *El General en su laberinto*; en poesía, el *Boletín y elegía de las mitas*, o *Encuentros en los senderos de Abya Yala*; y en el cine: *Misiones*, *José Martí en el ojo del canario*; *José Arteaga de la Redota*, *El Cruce de los Andes*. ¿Qué importancia tiene, en esa construcción subjetiva del discurso histórico, incluir este tipo de discursos? ¿Es discutible desde la Academia?

Depende qué Academia. Es que nos hemos hecho una idea lineal de la Academia. Hay academias muy transdisciplinarias, muy interdisciplinarias, muy especializadas. Yo pertenezco más bien a una línea de pensamiento completamente inter y transdisciplinaria. Entonces cuando tú me dices que utilizar un referente como el cine es anti académico, por el contrario, enriquece mi conocimiento sobre la Historia; o sea, el cine, la reflexión cinematográfica que hace alguien sobre un periodo histórico puede dar luces a algo que yo estoy reflexionando de estas vertientes. Son herramientas. Alguna vez hablaba con Malena Bedoya, una historiadora muy querida, que me decía: “cuando leo tus textos, yo no te veo como una historiadora sin más, sino te veo como historiadora cultural porque utilizas los referentes más inverosímiles”. Yo utilizo tratados de agronomía, de cerdos, paisajismo, cartografía, planos. Depende del tipo de material que vayas seleccionando para armar, para enhebrar a la Historia a la cual quieres llegar, para que esa Historia tome ciertos tipos de vías y no otras. A mí me encantaría trabajar con cine, pero soy una persona que no sabe lo suficiente como para incorporar el conocimiento cinematográfico en mi propia reflexión. Pero la literatura, que puedo manejar, me aporta muchísimo. Realmente lo aprovecho, tomo ventaja de lo que la Historia te puede ir, de alguna manera, dando en cuanto herramientas para construir tú propio mundo cultural, tu propia curiosidad; y de eso tratan mis clases. A mí me interesa mucho que se genere un pensamiento múltiple, constelatorio, si es que podemos hablar en esos términos.

Una mañana, en clase, hablábamos de todo lo que son las urbanizaciones sociales de los años treinta. Habían muchas preguntas: “¿eran empresarios privados?, ¿por qué lo hacían? Cuando hacen una empresa privada para los obreros ¿cuál es el interés?, ¿qué pasaba con el municipio? ¿Cómo intervino el estado?” Ya no estamos hablando solamente de tocar el territorio, o de cómo se acomoda para parcelarlo y habitarlo; estamos hablando de todas las situaciones económicas, sociales y políticas que tienen que ver para que este barrio o esa lotización llegue a su curso o sea negado; estamos hablando de sectores en pugna: un sector



obrero con un sector burgués y eso se ve en el manejo del territorio, de las finanzas de una ciudad o de un estado, etc., etc. La investigación o mis características como investigadora, mis características como pedagoga, no están separadas. No hay una división entre lo que hablo y escribo, están totalmente tejidos de una manera muy implícita, digamos, intrincada, y muchas de esas veces tiene que ver con un tercer elemento que es el tema de la comunicación-actuación. Cuando era pequeña era tremendamente tímida. Lo único que le pedía a mi madre era que me enseñara a hablar, a expresarme, porque la timidez me mataba. Hasta los 19 años no podía hablar con más de una o dos personas. Y un día, en la Universidad Católica, me nombraron Representante Estudiantil ante el Consejo y yo dije que no podía, porque no puedo hablar. Me dijeron: “bueno, te damos hablando”; y así tuve una compañerita que me daba hablando porque yo no podía hacerlo en público. A partir de esto, cuando ya fui a hacer Historia del Arte, en Pamplona, en la Universidad de Navarra, fui alumna de la hija de Eugenio Doss, que para mí fue de las clases más maravillosas. Ella nos daba una clase -en los años setenta- de Expresión Corporal (entonces era lo más moderno de lo moderno), en donde teníamos que armarnos como actrices, como seres comunicadores en una era de comunicación total. Me enseñó a proyectar la voz, a dar clases a oscuras, a que se apagara el micrófono. A mí me ayudó mucho y ahora tengo mucho cuidado en cómo me paseo en la clase, cómo se mueve el cuerpo, cómo se modula la voz. Tengo muchísimo cuidado, porque es una puesta en escena preciosa y nadie tiene por qué escucharte y aburrirse. O sea, esta es la premisa de un profesor que adora dar clases, que tiene la vocación: saber con quién estás delante y saber dialogar.

¿Desde cuántos rizomas abordas tu discurso docente/investigador? ¿Cómo escapar del racionalismo cartesiano a la hora de abordar la Historia?

Yo siempre digo que la vida es porosa, pero tú construyes esa porosidad: puedes ser muy abierta a dialogar, a receptar ideas, a meterte en cosas diferentes, a conocer mundos diferentes o puedes ir creciendo y envejeciendo y cerrándote como una especie de caja. Personalmente creo que a medida que vas envejeciendo tienes que ser cada vez más porosa, en el mundo físico, afectivo e intelectual. Estás cargando, como el vino, una cantidad de caminos que has transitado y ese herrar lo aprendes y te lleva a hacia otras cosas. Libre eres siempre. A mí me gusta bailar merengue, cumbia, igual que me gustaría bailar algo que se baile ahora y aprenderlo; y esa es la actitud, lo que intento transmitir a mis hijos, a las generaciones que vienen. La vida se hace de unas generaciones que se van inter-conectando.



Juan Carlos Astudillo Sarmiento. Alexandra Kennedy: diálogos interdisciplinarios para un quehacer vital

Si dejas una generación de guaguas acá y otra generación de adolescentes más allá, y otra, cerrada, encajonas todo, nada se conecta. La vida tiene sentido cuando todos somos parte de un Cosmos viviente. Yo creo que en sociedades como la nuestra, fuertemente ligada a la iglesia católica, el encajonamiento es un hecho, o sea: las verdades absolutas, el constreñirse, el tildar de pecado esta cosa y no otra.



Figura 2: Alexandra Kennedy.

Octavio Paz decía que las culturas ancestrales ejecutaban sus rituales para lograr la permanencia del pasado “siempre mejor”; y una característica de esta postmodernidad es el tiempo futuro como esperanza. El presente siempre está ausente, ¿existe una Historia del presente?

Los historiadores sabemos que el presente es el Presente. Cuando uno hace Historia, es consciente de que está hablando desde ahora, es una práctica que los historiadores de ahora estamos muy claros, que no estamos repitiendo el pasado. Los historiadores de ahora somos conscientes de dónde nos paramos. Estamos para enfocar el siglo XVII pero ya desde la voz de hoy día, y esa voz de hoy día, lo que hace, es seleccionar lo que interesa para hoy día.



El historiador siempre es un comunicador.

Siguiendo la idea de la semiótica, de una cultura con núcleos y periferias: el discurso y los textos, la capacidad de las periferias de insertarse, de permear el núcleo...

Los estudios de decolonización han entrado, o han tratado de hacer ese tipo de entradas, o los estudios de género. Lo que están haciendo es tratar de dar vuelta, digamos, de estos centros-periferias. Yo creo que ha hecho mucho trabajo Aníbal Quijano, por ejemplo, en ese sentido, o la famosa escritora inglesa premio Nobel. Mucha gente la que se ha metido para, de alguna manera, cuestionar estos discursos de poder hegemónico. Ahora, si tú me dices: “pero eso no ha permeado en la sociedad”: no totalmente. Ha permeado en ciertas capas de élite, capas pensantes que tienen acceso a herramientas educativas y culturales. Yo por eso pienso que mientras más gente esté vinculada con las escuelas, pues mejor.

Para mí la universidad es un santuario en donde están contigo gentes muy frágiles, por su edad, porque eres un referente y no puedes jugar con eso. Los ingresos, por ejemplo, no de los estudiantes (a los estudiantes se los examina a morir) sino de los profesores: deberíamos ser totalmente examinados. Pero no lo de siempre: títulos, estudios, ¿y lo otro? ¿Eres honesto, afectivo, considerado, puedes tratar con los alumnos, sabes hablar en público? Esas cosas que no se miden y deberían medirse.

Volvemos a la Tradición de la Ruptura de la que hablaba Octavio Paz, ¿no? Y esto va a seguir, porque se auratizan nombres-teorías y de nuevo va a seguir el referente que vuelve a ser destruido para volver a ser interpretado

Pero yo creo que eso se da no solamente en América, se da en general en el pensamiento humano y sobre todo ahora que estamos sistemáticamente rompiendo con héroes. Y entonces encontramos este “vuelve y va, vuelve y va”, pero con la diferencia que ahora estamos recogiendo la basura de las esquinas, mirando debajo del tapete, retirando el mueble. Yo creo que esa labor es súper importante, o sea ya no estamos con los grandes discursos; sí creo que estamos tratando de eliminar los grandes discursos. No te digo que no haya, ni mucho menos, yo creo que el mundo está plagado de grandes discursos y de “grandes hombres” y de “grandes mujeres”: grandes, grandes, todo grande. Porque de alguna manera el capitalismo está ligado con eso. Pero creo que también, dentro de ese capitalismo, dentro de ese mismo sistema, hemos logrado ver que está fracturándose de una manera muy pero muy fuerte; y



esas fracturas nos obligan a mirar hacia otros lugares y ver qué hay en esos lugares, qué posibilidades de vida hay en esos lugares. Y no solamente como una especie de lugar que indagamos desde la investigación, sino como un lugar que indagamos desde la responsabilidad. Bruno Latour, por ejemplo, es una de las personas que niega este rompimiento entre cultura y natura: cultura y natura son la misma cosa, o sea no puedes decir que natura por un lado y cultura por el otro, todo está vinculado entre sí. Yo pienso que todas estas fracturas en el pensamiento, en la Historia, en el mundo, nos ha hecho intentar concebir, o intentar entrar desde otros lugares para intentar entender este mundo.

En la historia literaria del Ecuador no tenemos una figura crítica que haya puesto en valor la creación y haya generado diálogos con las esferas de fuera. ¿Sucede lo mismo con la Historia ecuatoriana y esta nueva forma de construirla?

Justamente hablaba el otro día con alguien y me preguntaba (esto se llama historiografías, es decir, tomar el trabajo histórico de diferentes autores, de diferentes generaciones, de diferentes formatos, etcétera): ¿quién ha hecho Historiografía del Arte? Yo dije: “la única persona en este país que ha hecho Historiografía del Arte es Carmen Fernández Salvador”. Y no hay más. Es increíble, y tiene que ver mucho con la incapacidad crítica que tenemos todos. ¿Hacemos historia crítica?: no lo hacemos. Estamos en un momento de levantar nuestra Historia en términos más profundos. A partir, por ejemplo, de la nueva Historia del Ecuador. Con el Padre Hernán Malo y Enrique Ayala Mora, se vio la necesidad de trabajar en grandes conjuntos y de que nosotros, los historiadores, nos adentrásemos a aquellas áreas. Pero todavía no hay un levantamiento fuerte de la Historia Ecuatoriana, que nos permita tener ese otro lado que es la Historiografía, o la crítica historiográfica. Sí, me parece que falta todavía levantar material para empezar ese pensamiento más crítico. Nosotros acabamos de hacer una exposición curada por cinco personas, en Quito, sobre indigenismos y fue una maravilla el trabajar con Lucia Duran, Malena Bedoya, Trinidad Pérez y Pili Estrada y lo maravilloso fue que veníamos –todas- de lugares distintos, de generaciones distintas, y lo que salió de eso fue que no haríamos sólo una exposición de arte y literatura, lo que haríamos es una exposición para escuchar a los movimientos indígenas; porque si no, ¿de qué se trata?, no es cuestión de colgar cuadros indigenistas de Guayasamin, Kingman, qué se yo, de Paredes, etc. etc. sino de decir: “a ver, mientras esto sucedía en los intelectuales, ¿qué hacían los indígenas en ese momento?” Y eso hicimos. Entonces, fue una exposición en donde los intelectuales y los indígenas dialogaban. Poner esto en escena es difícilísimo, pero es necesarísimo.



¿Cómo se accede a otro tipo de episteme desde la que tienes y operas? y ¿qué de eso se pierde en la traducción de ese conocimiento? Estoy pensando en la idea de estudiar culturas que concibieron la realidad de formas diferentes, como, por ejemplo, la idea del tiempo como algo lineal, frente a otras maneras de entenderlo, que escapan a nuestra razón y lenguaje.

Se pierde mucho. Cuando estás historiando desde aquí, tienes tus limitaciones y aberraciones; tus formas de mirar las cosas, tus formas de olvidar, tus formas de crear memoria, tus intereses. No es lo mismo un historiador joven de veinte años, situado en París, que un historiador sentado en Cuzco, que tiene ochenta años y que está hablando del incario. O sea, estamos hablando de dos situaciones muy diferentes y evidentemente, muchos de lo que tú llamas traducción, que está muy bien, se pierde o se distorsiona. O sea la traducción no es lineal, no es perfecta. Evidentemente tiene connotaciones distintas; incluso el hecho de tú seleccionar un tema.

Y ¿a través de qué herramienta eliminas aquello? ¿A través de tu contacto intuitivo con el conocimiento que vas desarrollando? Tu trabajo lo haces a partir de la imagen. ¿Desde dónde la aboradas?

Inicié pensándole (a la imagen) desde los vínculos para con los estilos de tal o cual época; una especie de respuesta casi mecánica. Yo nunca digo que pertenezco a una línea de pensamiento, porque mentiría. Voy tocando por acá, por allá; por ejemplo, me ha interesado mucho Foucault y sus estudios de poder, pero yo no te diría que soy foucolteana. Me interesa muchísimo Bruno Latour, pero tampoco diría que yo soy su discípula. Yo soy de lo más saltimbanqui que te puedas imaginar. Estoy leyendo a la vez muchas cosas. Por ejemplo, me interesa mucho la Teología; entonces, leo sobre Teología y la relaciono con la Iglesia Católica (a pesar de que ya no soy católica, me despedí de la religión católica hace muchos años, pero me interesa mucho su operación). Puedo entrar a San Agustín para entender como él prefiguraba las ciudades, y cuando estoy haciendo un trabajo sobre ciudad, alguien me dice: “¿Qué estás haciendo leyéndole a San Agustín?” ¡Viendo cómo él se figuraba la ciudad celestial y la ciudad terrestre y cómo ese pensamiento ha seguido muy vigente hasta el día de hoy! Preguntas si soy de un pensamiento semiótico: no, pero sí he leído semiótica. Soy absolutamente ecléctica en lo que leo. Ahora, por ejemplo, estoy trabajando en algo que tengo mucho miedo y mucha ilusión: estoy haciendo un doctorado en la Universidad Nacional de



Colombia, en Historia de la Arquitectura y ciudad latinoamericana, y metida en una Facultad de Arquitectura. Yo no soy arquitecta, y claro, el no ser arquitecto no me impide leer los valores simbólicos de una ciudad. Estoy yendo más que por los materiales, o por los espacios reglamentados, o lo que sea... me metí por el área de cómo la ciudad moderna latinoamericana es totalmente tomada por la Iglesia Católica, porque cuando hablas del primer siglo XX la gente siempre está pensando que encontramos vanguardias, Modernidad. Pero ¿quién manejó el poder de la ciudad es la Iglesia Católica?, eso es lo que estoy proponiendo. ¿Tú ves Cuenca? Alguien me dice: “es colonial”: ¡nada es colonial en Cuenca, nada!; apenas tres edificaciones coloniales. Todo lo demás fue hecho de 1920 al 50. En Buenos Aires te pasa lo mismo, en Guadalajara te pasa lo mismo; entonces yo quiero entender la lógica católica de la reconquista urbana en el siglo XX. ¿Por qué no lo han hecho? Todo el mundo me dice: “oye, qué raro que tú te hayas metido en este tema”; porque todo el mundo ve en la Modernidad la cosa seductora: la escuela de bellas artes, los grandes premios internacionales, la formación de arquitectos, ¿me entiendes?, esas cosas de fantasía Moderna. Pero la gran mayoría de los seres humanos eran católicos y conservadores y curuchupas. Cuando estamos hablando de América Latina: ¿quiénes eran los liberales, quiénes eran los progres, quiénes los modernos?: cuatro gatos.

Dentro de tus proyectos hay investigaciones enormes, ¿cómo haces para escoger los temas de tu investigación?

Unas cosas te llevan a otras. Esto que te estoy diciendo del tema de mi tesis doctoral, que me demorará unos siete, diez años, tiene ya un bagaje de todos los años que he estado pensando en esto. O sea, todo está conectado. Una fotografía de 1910, una fotografía del Consejo Cantonal, veo la imagen y digo: ¿por qué diablos está metido este señor, que es cura? Porque el Consejo Cantonal de Ibarra, el 80% de los que están ahí de Concejales, son curas. Y ¿por qué en el terremoto de Ibarra se mete el fulanito que es de la iglesia católica? ¿Por qué le nombran a García Moreno para reconstruir la ciudad? ¿Qué tipo de problemas tiene? Empiezas a cuestionarte ya no con grandes discursos sino con sorpresa. ¿Por qué le traen a ese arquitecto que es totalmente de la derecha católica alemana? Todo tiene su razón de ser. Mientras vas mirando, un rato de esos hace un clic, un rato de estos dices: “ahí está un tema fantástico”. Vas leyendo, vas mirando, viajando, hablando, fotografiando y de repente, vas fichando. Yo ficho todavía, muy a la antigua, ficho a mano y, mientras vas escribiendo y vas fichando se te van apareciendo temas.



Juan Carlos Astudillo Sarmiento. Alexandra Kennedy: diálogos interdisciplinarios para un quehacer vital



Figura 3: Alexandra Kennedy.

Has estudiado períodos, personajes, relaciones y bordes de significación de lo que se construye con la memoria colectiva, cultural e histórica. En todo este tiempo de investigación y escritura, en el plano personal ¿a dónde te ha llevado? ¿Alguna certeza entre toda la investigación?

Ninguna: no me gustan las certezas. Cuando tenía veinte años tenía certezas, ahora no. ¿A qué me ha llevado? Yo me casé con la Historia y la Docencia. Todo lo demás me es secundario. Me casé con hacer Historia, con dedicarme con alma, vida y corazón a la Academia. Pero hubo un corte en la vida y esos cortes son lindísimos. Yo tuve cáncer, un



Juan Carlos Astudillo Sarmiento. Alexandra Kennedy: diálogos interdisciplinarios para un quehacer vital

cáncer bastante fuerte, hace unos ocho años. Y en la debilidad de la quimio aprendí a tomarle con mucha gracia al asunto. Estaba descubriendo que, en la última debilidad física, intelectual, total, esa debilidad y dependencia tan brutal se ligaba a la dependencia para con mi profesión: entendí que había dejado de experimentar los afectos. Siempre he tenido pasión por los grandes amores. He amado, me han amado, pero eran estos amores de fantasía. Pero me parecía que los afectos, ya no los grandes amores de hombre y mujer, me parecía que los afectos más diminutos y más cotidianos era lo más lindo que podía vivir; y ahí empecé a descubrir, a descubrirles a mis hijos, a mi pareja, amigas. A descubrir. Y han sido estos últimos ocho años de descubrimiento, de dejarme llevar por cosas, por tomar un café, tranquila, o hacer ejercicio, o yoga o lo que sea pero de una manera muy complaciente para mí misma, muy suave y amable. He escrito cientos de páginas y eso supone muchas horas de estar encerrada, ¿no? Empecé a descubrir otras cosas: tuve mi primera amiga, así, total, una amistad absoluta y lo tuve en estos últimos cinco años. No es que no he tenido amigas, pero esta fue una amistad muy amable, muy especial.